LA LIBRERÍA DEL FIN DEL MUNDO

Duomo ediciones

LILY BRAUN-ARNOLD

Traducción de Fátima G. Cáneba

LA LIBRERÍA DEL FIN DEL MUNDO

Duomo ediciones

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación de la autora y se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, sucesos o lugares es pura coincidencia.

Publicado por primera vez en inglés por Delacorte Press (un sello de Random House Children's Books) bajo el título: *The Last Bookstore on Earth*
© 2025, del texto, Liliane Braun-Arnold
© 2025, de la traducción, Fátima G. Cáneba
Traducido gracias al acuerdo con Sterling Lord Literistic y MB Agencia Literaria.

Maquetación: Babel Grafistes

ISBN: 979-13-87574-19-2
Código IBIC: YF
Depósito legal: B 10.748-2025

© de esta edición, 2025 por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán
Primera edición: septiembre de 2025
Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.
Pl. Urquinaona 11, 3.º 1.ª izq., 08010 Barcelona
www.duomoediciones.com

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

Impreso en Florjančič tisk, Eslovenia

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico —incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet— y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

Para Bea.

Siento acabar contigo en cada cosa que escribo.

CAPÍTULO UNO

He reflexionado lo suficiente sobre este tema como para afirmar con seguridad que las horas extra son una mierda. En concreto, 9 667 horas extra.

«¡Jefaza!», dirías. «¡Estás ganando una pasta!».

Como respuesta, pongo los ojos en blanco.

Como respuesta, digo: moriré en esta librería dejada de la mano de dios y no habrá nadie para retirar del suelo mi cuerpo en descomposición. Moriré rodeada de Poe, Nietzsche y Shusterman, acurrucada entre los libros de *young adult* y los clásicos. Algún día, un arqueólogo alienígena encontrará mi cuerpo y lo estudiará como si esto fuera Pompeya. No dirá: «¡Jefaza! ¡Estás ganando una pasta!». Dirá: «⊑⏃⊑⏃ ⦚⎍⍜⍝Ш⋊», que bien podría traducirse como «¡Pringada!».

Moriré aquí, sola, aburrida como una ostra.

Moriré aquí, mirando los diarios que se cierran con llave, las cintas y las cubiertas excesivamente dramáticas que plagan la sección de Negocios. Un título reza *Cómo conseguir esposa y ganar un millón de dólares en diez sencillos pasos*. Tras él, hay un hombre que está posando y que luce un bronceado falso y en-

tradas. En la estantería de mi derecha, las tarjetas de cumpleaños con eslóganes cursis sobre la necesidad de beber más vino y odiar a tus hijos se han desteñido y ya son casi blancas. Se burlan de mí y parece que dijeran: «¿Por qué te has molestado en quedarte? ¡Aquí nada permanece!».

No siempre he estado tan sola en la última librería del mundo. (Al menos yo creía que lo era: la mayoría de las torres de telefonía móvil no funcionan y la comunicación con el mundo no marcha bien, así que quién sabe si esta no es *realmente* la última librería del mundo. Para mí lo es). Antes estaba Eva. Tenía tres años más que yo y era dos décadas demasiado mayor para estar aguantando mis tonterías. Eva no se mordía la lengua. Eva no temía bajar al sótano de noche, aunque solo dios sabe qué diablos se esconde allí. Eva no sabía cantar, pero lo intentaba con ganas. Se fue hace nueve meses y diecisiete días.

Dijo que quería «explorar», que quería ver «qué quedaba del mundo». Lo dijo de la misma forma en la que los padres dicen: «No estoy enfadado, pero sí decepcionado» y «Me encantó el concierto de tu grupo y no me di ni cuenta de que te habías equivocado en el decimotercer compás de *Contrapunctus 9*». Ni siquiera me miró a los ojos.

Me convencí de que no pasaba nada y de que me parecía bien. Me convencí de que me gustaba la tranquilidad que se respiraba en el aire porque, para empezar, ¿desde cuándo me gustaba a mí la gente? ¿Desde cuándo necesitaba a alguien para que hablara demasiado alto y masticara con la boca abierta? Me convencí de que era muy distinto estar sola que sentirse sola. No iban juntas.

Me convencí de que volvería pronto, como dijo que haría, y empecé a contar los días en la pared. Fui añadiendo marcas con un rotulador permanente hasta que perdí la cuenta y la energía. Después del casi-fin-del-mundo, cuando me di cuenta de que no tenía un hogar al que volver, decidí regresar aquí. Y así lo hizo también Eva, pero luego se marchó.

Descuelgo el cartel de CERRADO del escaparate; noto el metal incómodamente caliente entre mis dedos sudorosos. Intento no pensar en Eva, en las marcas de rotulador y en el calor tan insoportable que hace. Algunos rizos se me pegan en la nuca tras escaparse de una coleta desaliñada. Intento no pensar en nada mientras miro los kilómetros de vacío que hay fuera.

Evidentemente, el centro de la periferia de Nueva Jersey no es más interesante ahora que antes del casi-fin-del-mundo. Ya no hay conductores pésimos ni hombres con acento siniestro diciendo cosas como «rollitos de cerdo», «Bruce Springsteen» o «ir a la costa», ni tampoco granizados de cola o supermercados Wawa. La balanza queda equilibrada.

Le doy la vuelta al cartel de CERRADO para que ponga ABIERTO, aunque lo que de verdad quiero es estamparlo contra la pared. No lo hago porque ya lo probé ayer y no me ayudó en nada. En vez de eso, me quedo mirando al vacío a través del escaparate. A las sombras que hay donde la gente solía estar sentada, bajo un roble que florece en la plaza. Los cristales de las ventanas y la madera astillada trepan por los escombros. Salen deslizándose de los coches que acechan, marginados, a un lado de la calle.

¿No sería gracioso que todo fuera un sueño? Como una historia mala, escrita a finales de la primaria, que termina con un «Y entonces se despertó». Un final chapucero para un cuento a medio hacer. Una pesadilla maldita y desordenada que nace de un sueño. Me despertaría en la cama, a miles de años luz, con gotas de sudor en la frente, y miraría a la luna por los huecos de las cortinas. A la mañana siguiente, durante el desayuno, les diría a mis padres: «No os vais a creer la pesadilla maldita y desordenada que he tenido». Esa afirmación se quedaría en el aire hasta que recordara que ya *se ha acabado*. Que ya no importa.

A través de los cristales empañados veo a un hombre con un chaquetón de marinero descolorido que va dando tumbos por

la carretera. Manipula con torpeza los botones de su abrigo e inspecciona el desolado espacio abierto. Aún no se ha percatado de que lo estoy mirando. No sabe que es la primera persona que aparece por aquí en días. No parece feliz de estar aquí.

Tampoco creo que vuelva a verlo pronto.

Cuando atisba mi sombra en la ventana, se para y mira alrededor de la desierta plaza de la ciudad. Después hace un gesto y se dirige a pasos agigantados hacia la puerta.

CAPÍTULO DOS

Cuando conocí al hombre del chaquetón de marinero descolorido, al que empecé a llamar Hombre del Chaquetón, Eva llevaba solo dos días fuera. Me había convertido en un ente vampírico: no dormía ni comía. Por supuesto, solo fuimos amigas (aunque mi *crush* había alcanzado un nivel desconocido en mi vida hasta el momento), pero dolía como si fuera algo más. Me pasaba el tiempo mordiéndome las uñas y viendo cómo sangraban. No sabía qué más hacer aparte de quedarme mirando al techo y regodearme en mi inutilidad.

La primera vez que me asomé por la ventana y vi una figura acercándose, creí que me había vuelto loca. Por un momento regresé a la vida normal, a cuando me pasaba horas mirando desde dentro, desde la comodidad de la tienda con aire acondicionado, a la gente que pasaba por delante. Y, claro, quizá no debería haberlo hecho, pero, casi como un acto reflejo, le sonreí.

No sé si aquello lo empezó todo. Mi sonrisa resplandeciente podría haber sido el catalizador que me trasladó hasta este momento concreto. O quizá ese hombre iba a entrar en la librería tanto si le dejaba como si no. A lo mejor se habría puesto en

plan peli de zombis y habría echado la puerta abajo con una motosierra oxidada. Sea como sea, en cuanto tocó el pomo de la puerta, me devolvió la sonrisa y le dejé pasar.

Había venido a comprar un libro sobre pájaros, o al menos eso fue lo que dijo. Incluso trató de darme un billete arrugado de veinte dólares para pagarme.

—No tengo nada más —dijo.

Me reí por el sinsentido, pero lo cogí de todos modos. En aquel momento, no podía comprender el valor de un libro en este nuevo mundo. Quiero decir, entendía lo que significaba para mí, pero ¿y para el resto del planeta? Pronto quedó patente que había infravalorado gravemente el poder de la distracción. El Hombre del Chaquetón se rio entre dientes cuando le pregunté si quería una bolsa de papel o que se lo envolviera para regalo.

—No, gracias. Mi cumpleaños no es hasta marzo, pero te agradezco que hayas hecho mi día un poco menos aburrido —dijo.

—Gracias a ti por haber venido. Por favor, vuelve —le respondí.

• • •

La campana que hay sobre la puerta repica cuando el Hombre del Chaquetón entra y yo sonrío. Se queda quieto un momento antes de esbozar una sonrisa como respuesta y veo cómo arruga ligeramente el rabillo de los ojos mientras se pasa los dedos por el pelo echado hacia atrás por el sudor. Veo que algo parpadea en su cara, como si se planteara esconder sus emociones por mi bien. Decido por él y me ciño a nuestros comentarios amables de siempre mientras dejo mi ejemplar de *La isla del doctor Moreau*.

—Hace un poquito de calor como para llevar abrigo.

Siento cómo la parte trasera de mi camiseta de tirantes se me pega a la piel por el bochorno abrasador de julio. Y lo digo

como si él no hubiera llevado puesto el mismo chaquetón todas las veces que lo había visto, pese a que los meses habían ido dando paso al verano y las temperaturas habían ascendido. Lo digo como si no lo hubiera dicho un millón de veces más en las diecisiete ocasiones en que lo había visto durante los últimos nueve meses.

—Lo perdería si no lo llevara puesto. —Ríe—. Perdería hasta la cabeza si no la tuviera pegada al cuerpo. —Al tirar del cuello de su camisa, le tiemblan los dedos ligeramente.

—Ah, sí. Conozco esa sensación.

No sé cómo se llama. Nunca me lo ha dicho ni tampoco se lo he preguntado. No quiero saberlo hasta que él no esté listo para contármelo. Quizá estoy siendo maleducada y yendo contra algún tipo de regla de etiqueta apocalíptica. No aparece en ninguno de los libros de etiqueta que tengo aquí, en la librería. Me los he leído todos por puro aburrimiento. A estas alturas, ya he leído la mayoría de la tienda y me he encariñado con los finales más trágicos, con cualquier cosa que termine con más desolación de la que empezó. Cada uno se consuela como puede.

Todo el mundo que cruza estas puertas se aprende mi nombre. *Elizabeth. Liz. Eliza. E. No me lo desgastes*. No me da miedo que lo sepan.

Cuando la última persona que has conocido se olvida de tu nombre, es como si nunca hubieras existido. Como si nunca hubieras estado ahí. Chas, desaparecido. Me imagino que difundiré mi nombre por todas partes, teniendo en cuenta la poca gente que queda. Se lo ofrezco a cualquiera que entre por la puerta si están dispuestos a escuchar. Por si están dispuestos a recordarme.

—¿Qué buscas hoy? —le pregunto entrando en modo atención al cliente.

Esa entonación alegre se asoma por mi voz otra vez, como siempre ocurre. Las viejas costumbres nunca mueren. Me froto las manos contra el mostrador de madera y trazo ligeras curvas

sobre el polvo. Intentaré limpiarlo más tarde, aunque se acumula más rápido de lo que puedo quitarlo.

El Hombre del Chaquetón arruga la nariz y se seca las manos en los pantalones.

—Algo de misterio. Uno que pueda resolver, eso sí. Que no sea muy enigmático, ya sabes lo que quiero decir.

—Sí, ya te pillo. —Esbozo una nueva sonrisa. Esta vez es real, no una formada gracias a años de memoria muscular—. Te dejo echar un vistazo. Sé que te molesta que intente hacerte alguna recomendación.

—Es porque tu gusto en cuanto a libros no puede ser peor. ¿*Cántico por Leibowitz*? ¿En este contexto?

Voy a ser muy honesta y a decir que nunca he leído *Cántico por Leibowitz*, una épica posapocalíptica sobre un monasterio católico que rinde culto a san Leibowitz durante siglos de desolación y destrucción. Era una de las opciones de mi lista de lectura del verano de mi primer año de universidad. Estuve a punto de elegirlo, pero mi padre me dijo que lo había leído a los trece años y lo había aborrecido hasta tal punto que quedó marcado de por vida. Yo nunca me había leído *Cántico por Leibowitz* porque soy una cobarde que no quiere que su vida se arruine. Así que, por supuesto, ahora intento que cualquier persona del mundo lea ese absurdo libro y luego me lo cuente. Sin embargo, nadie ha caído en mi trampa todavía.

—Estás bastante espabilado esta mañana, jefe.

No sé cuántos años tiene, pero intuyo que podría beneficiarse de un descuento para jubilados en el transporte público de Nueva Jersey.

El Hombre del Chaquetón simplemente sonríe y un mechón de pelo cae sobre su firme mirada.

—Ten cuidado con lo que dices, jovencita.

Nos quedamos un segundo en silencio, derritiéndonos poco a poco por el calor del verano.

Relaja la expresión a medida que mete la mano en el bolsillo del pecho y saca un arrugado papel amarillo que me entrega.

—Es para mi hermana. —Pausa—. ¿Podrías guardármelo por si acaso ella se pasa por aquí?

—Claro —logro decir.

Luego, recojo el mensaje con cuidado de sus manos y lo clavo con una chincheta en el corcho que hay tras el mostrador.

El Hombre del Chaquetón también me da una fotografía impresa en papel brillante revelada en CVS. Una mujer aparece ante mí, en ese rectángulo de diez por quince centímetros, envuelta en un jersey a rombos y un gorro gris. Parece el tipo de persona que haría el Sendero de los Apalaches por mera diversión o que correría una maratón descalza. Algo así.

No entraba en mis planes empezar a funcionar como una oficina de correos. Todo comenzó hace ocho meses, cuando una mujer mayor vino con un sobre y me ofreció seis paquetes de ramen con sabor a pollo a cambio de que me asegurara de que su carta acababa en las manos correctas. Había viajado a un complejo del oeste con un nuevo grupo, pero sabía que un amigo suyo pasaría por la zona. O al menos eso esperaba. Fue una oferta que no pude rechazar. El destinatario llegó tres meses más tarde y yo le entregué su carta. Cuando tuvo el endeble trozo de papel entre sus manos temblorosas, se echó a llorar.

Hasta ahora, he hecho trece entregas con éxito, lo que convierte mi servicio de correos improvisado en una de las mejores apuestas de la gente de la zona. Aún sigue habiendo una pila de cartas no enviadas tras el mostrador. Apenas hay un par de docenas de personas en esta zona, según el número de gente que nos visitó el año pasado, y otras pasan por la ciudad de vez en cuando. Tengo esperanzas de que al menos algunas de las cartas encuentren a sus destinatarios, pero no puedo evitar sentir que he fallado. No puedo evitar sentir que estoy defraudando a todo el mundo.

—Gracias —dice el Hombre del Chaquetón—. Estoy planeando salir de aquí antes de que pase La Tormenta, instalarme en algún lugar lejano, donde el daño no sea tan grande —continúa—. Ella debería llegar pronto y quiero asegurarme de que tenga la dirección de mi campamento base —lo dice despreocupadamente, como si no notara cómo palidecen mis mejillas. Como si no se diera cuenta de que nuestra conversación casual se ha convertido en algo más siniestro.

—¿A qué te refieres? —le pregunto—. ¿Con «antes de que pase La Tormenta»?

—Se avecina otra —dice con seriedad, en un gesto que vuelve a tensarle la boca.

—¿De qué estás hablando?

—He oído cosas. La gente está comenzando a hablar. Dicen que las nubes ya están empezando a arremolinarse sobre el Atlántico.

Sus palabras me atraviesan y me producen un nudo en el estómago. «La Tormenta». Ya casi había olvidado del todo La Tormenta. Después de lo que ocurrió el año pasado, me convencí a mí misma de que no volvería, de que era algo que solo sucedía una vez y ya. Debía ser así. Porque no estoy segura de poder sobrevivir a otra. No sé si quiero hacerlo.

—¿Sabes que va a volver? —pregunto con la voz seca y cortante—. ¿O estás haciendo suposiciones?

El hombre mueve la cabeza despacio, como si dijera: «¿Cómo es posible que seas tan inocente?». Odio la forma en la que me mira, así que me enderezo y aprieto los labios.

—¿Recuerdas cómo se marcharon los pájaros la última vez?

No recuerdo cómo se marcharon los pájaros porque, honestamente, los pájaros no podrían importarme menos. Ni me importaban antes ni me importan ahora. Pero entonces me acuerdo del año pasado por esta misma época, antes de que *eso* ocurriera, y lo tranquilo que estaba todo, como si el mundo entero se

hubiera cubierto de silencio. Por aquel entonces, sencillamente me gustó la forma en que me hizo sentir aquella calma. Como si todo hubiera desaparecido. Nunca me imaginé que sería una señal de algo tan grande. Así que asiento con la cabeza hacia el Hombre del Chaquetón y él me devuelve el gesto.

—Fue como si pudieran sentir que estaba llegando. He oído que, a veces, los animales son capaces de eso. Saben antes que nosotros que se avecina algo malo, como los tsunamis y cosas así. A veces sale por la televisión. —Se detiene y mira algún objeto que hay en la distancia—. Pero esta vez no son solo los pájaros. Son los ciervos y los conejos, y a saber qué más. No soy el único que se ha dado cuenta. Estoy seguro de que has notado la poca gente que hay en esta zona.

No sé en qué momento el Hombre del Chaquetón se ha convertido en un experto en predecir patrones climáticos, pero me muerdo la lengua.

—Así que está llegando —murmuro, y me permito caer en el juego de su macabra fantasía. «Seguro que no sabe nada a ciencia cierta», me digo. «Podría estar completamente equivocado y tal vez no llegue nunca. No sabe más que tú»—. ¿Cuándo?

—No estoy seguro. Podría ser en un par de semanas. Menos, si no tenemos suerte. Y será mucho peor. Te lo aseguro. Tan malo como para que se percaten los ciervos y los conejos que no huyeron la última vez. —Respira suavemente—. Voy a marcharme antes de que sea demasiado tarde. Intenta encontrar un lugar que no sufra tantos daños. Te recomiendo que intentes capear el temporal, ¿vale?

Habla como mi padre. Finjo que no me he dado cuenta de que mira instintivamente y de refilón hacia el techo, donde ve el enorme agujero en el tejado que hay dos pisos por encima de nosotros, que quedó destrozado durante La Tormenta. Sin embargo, este lugar es todo lo que tengo, incluso aunque se esté cayendo a trozos.

—Vale.

Mi mente nada, se hunde y lucha por mantenerse a flote. Lo conozco desde hace casi un año. Y él a mí, ¿no? No me mentiría.

Echo un vistazo a las pequeñas y fruncidas cicatrices que tengo en el brazo izquierdo. Recuerdo cómo me quemaba la lluvia y estoy segura de que él también. En torno al ojo derecho, tiene la piel cerosa y el iris descolorido, de un color blanco lechoso. Todos tenemos nuestras cicatrices, aunque algunas están más allá de la piel.

El Hombre del Chaquetón se aclara la garganta y hace una pequeña mueca.

—Basta de charlas pesimistas —dice—. Estaremos bien. Hemos salido de muchas peores.

—Claro —contesto.

No estoy segura de que sepa de lo que está hablando, pero no insisto más. No importa lo que crea: La Tormenta podría no llegar nunca.

—Y no te olvides de la carta. Mi hermana debería aparecer en cualquier momento. Me encantaría tener tiempo para quedarme aquí y esperarla.

—Entendido —digo tratando de reunir fuerzas para avivar mi sonrisa—. Es un placer ayudar.

—Eres una salvadora.

Casi me río de ese comentario porque yo nunca le he salvado la vida a nadie. Ni siquiera he estado cerca de hacerlo. Si entregar cartas de una persona a otra salva vidas, todos los carteros y las estudiantes de tercero de primaria merecen una Medalla Presidencial de la Libertad. Hago lo que puedo para seguir siendo útil.

Dejo que se meta en el fondo de la sala para perderse entre Agatha Christie y Stieg Larsson. Sola ante la caja registradora, hago el inventario de la tienda. Las bisagras de la puerta principal están oxidadas. Hay que cambiarlas. Ventanas rotas. Lamas del suelo podridas. Polvo por todas partes. Y no olvidemos el

enorme y anchísimo agujero del techo. Este lugar está a un soplo de viento de salir volando por los aires al completo.

El mundo tal como es ahora no tiene la estética de «fin del mundo» que imaginé durante aquellos años en los que hice maratones de *Los 100* y devoré la trilogía de *Los juegos del hambre*. Visualmente, no es la agradable distopía *tecnociberpunk* que solía aparecer en mis fantasías, sobre todo desde que la electricidad dejó de funcionar hace meses. Solía devorar libros apocalípticos cuando las cosas eran normales. Solía validar mi miedo al futuro con el cínico pensamiento de que el fin de los tiempos podría llegar en cualquier momento. Extrañamente, lo deseaba. Si había un colapso de la civilización, no iba a tener que preocuparme por qué carrera universitaria estudiar. En vez de eso, viviría mis sueños inspirados por Pinterest en los que soy una chica sexi que revienta zombis con una motosierra en mis manos inusualmente musculosas.

Ojalá tuviera aún un futuro que temer. Un miedo tan lejano que nunca tendría que enfrentarme a él. Pero eso ya no es una opción. La constante rueda del tiempo que parece seguir girando ante mí sin cesar se ha parado. Lo único que tengo es el pasado. El pasado y el hoy.

Desvío la mirada hacia un conjunto de libros encuadernados en cuero, colocados desordenadamente sobre la estantería que está detrás del polvoriento Dell. El ordenador ya era inservible antes de todo esto. En este preciso momento, es una reliquia. Un fósil que descubrirán nuestros jefes supremos alienígenas. «¡ᑎᕮᕼᗩᗰᗩᑕᕮᕼᕮ!», dirán, que se podría traducir como «¡Idiotas! ¿¡Por qué el buscador por defecto sigue siendo Microsoft Bing?!».

Según Eva, el origen está en un virus que alguien descargó accidentalmente en 2008 cuando intentaba acceder a una copia pirata de *Amanecer*. Llevaba meses intentando deshacerme de él, pero finalmente el ordenador la palmó. Bing es muy cabezota. Inevitablemente, durará más que todos nosotros.

El diario que hay detrás del ordenador está lleno de mis escritos, ciertamente ilegibles. Mi profesora de Lengua de quinto dijo que mi caligrafía era «la letra de un asesino psicópata». Yo prefiero decir que es sexi y misteriosa. No es culpa mía que me pillara una gripe cuando se suponía que íbamos a aprender la cursiva en tercero.

He cogido el hábito de escribir las historias de mis personas favoritas de entre las que pasan regularmente por la librería (no sé si esa costumbre es buena o increíblemente tediosa). Cuando se paran a coger un libro o a dejarme una carta, les pido que me cuenten algo sobre ellos: cómo eran antes de La Tormenta, dónde estaban cuando llegó, quiénes son ahora. Recojo las historias porque me mantienen cuerda. Si puedo escribir palabras en un papel, significa que estuve aquí. No importa lo que pase, no habrá duda de que estuve aquí, de manera absoluta y completamente real. Y eso quiere decir que ellos también existieron.

El Hombre del Chaquetón me saca de mi estupor inducido por el calor mientras golpea la cubierta de un libro de tapa dura con la palma de la mano. Él nunca ha compartido su historia conmigo. Cuando le pregunté, hubo algo en sus ojos llorosos que me hizo pensar que le resultaba muy doloroso contarla.

—Bueno, estoy listo para marcharme —refunfuña.

—¿Eso es todo? —Me sacudo el aturdimiento y le pregunto a medida que me acerco un poco más, aunque no sé qué más podría querer.

Sin embargo, esa frase está programada en mi cerebro, así que la digo de todas formas. Miro la cubierta de su libro: *El alienista*. Me callo la imperiosa necesidad que siento siempre de dar mi opinión.

—Eso es todo.

Su mano libre juguetea con el botón de su bolsillo antes de sacar un puñado de algo que no distingo bien.

Extiende el brazo hacia mí y, casi por instinto, le ofrezco la mano. Tres objetos caen en la palma, uno a uno. Tintinean y ruedan por ella, cálidos.

Cuando la retiro, veo que son pilas. Pilas AA. Pilas AA que podría haber intercambiado por comida para una semana en vez de por un libro viejo y mohoso.

—Gracias, pero yo… yo… —tartamudeo.

La vista traiciona mis pensamientos, pero el hombre asiente con la cabeza. Siempre merece la pena intentarlo. Una parte de mí, por herencia de mi padre, que a su vez lo heredó de su padre y del padre de su padre, me obliga genéticamente a rechazar cualquier tipo de regalo. En mi familia, siempre hubo una carrera por ver quién sacaba antes la tarjeta de crédito para pagar cuando salíamos a cenar, como si fuera una especie de retorcido duelo del oeste. Pero eso ya no funciona así, ¿no? La caballerosidad ha muerto. Nada es gratis.

—Ni lo intentes. —Coge su libro y se va mientras las lamas chirrían al pisotear con sus botas la madera polvorienta. Hace una pausa, se gira para mirarme mientras ajusta el botón de su chaqueta sucia. Después, añade—: Por favor, mantente a salvo. Las cosas son peores de lo que crees.

Solo pienso en el agujero del techo, en las lamas del suelo podridas y en la puerta principal, que no cierra. Todo está roto. Todo está esperando el momento perfecto para derrumbarse. Ahora parece el mejor momento para que pase.

—No voy a irme a ninguna parte.

Chris Nicholson
33 años
Portland, Maine

No se parece en nada a las películas. Gritos, fuego, destrucción y todo lo que conlleva. Por supuesto que hubo alaridos al principio. Tiene sentido chillar si se te está abrasando la piel. Pero apenas duró veinte minutos. Después, ya no había nadie fuera gritando. Se cargó a los inocentes muy rápido. Sin clemencia. ¿Y el resto? En silencio. La lluvia arreciaba y el viento rugía fuera, pero en mi soledad todo estaba en absoluto silencio. Ninguna voz resonaba en los pasillos de mi edificio. No sonaban portazos ni música unas puertas más allá. Solo había un silencio sepulcral.

CAPÍTULO TRES

Aún no sé qué hacer con las pilas, así que las llevo conmigo desde hace dos días. Así no las pierdo. Así no pueden desaparecer por arte de magia cuando miro hacia otro lado como ocurre con la mayoría de las cosas. Ahora mismo, están alineadas en el mostrador de la caja como si fueran un extraño juego de dominó.

Dejar las cosas para después es una de mis malas costumbres. Mi padre solía decir que era una de mis peores costumbres. Le sacaba de sus casillas. Solía encontrar mis bolsas de galletas saladas de mantequilla de cacahuete a medio comer en la encimera de la cocina y las tiraba. Después yo volvía del trabajo, buscaba esas mismas bolsas de galletas saladas de mantequilla de cacahuete y resultaba que habían desaparecido. Me quedaba triste y con hambre, y mi padre se molestaba por las migas que dejaba en la mesa de su cocina. Obviamente, yo me compraba otro paquete de galletas saladas de mantequilla de cacahuete, me comía un par, empezaba mis deberes de Estadística y, de nuevo, me olvidaba de ellas, lo que provocaba que mi padre tirara la bolsa abandonada. Era un círculo vicioso.

Aun así, dejo las pilas en el mostrador y miro por la ventana que tengo enfrente una última vez solo para asegurarme de que nadie camina por la carretera en dirección a mí. Sé que nadie lo está haciendo. Las visitas son un poco aleatorias, pero es raro recibir más de una cada dos días y esta mañana ya ha venido alguien. Mi menguante clientela es leal, pero no solo eso. También me es familiar: un chaval que conocí en el instituto, Isaac, ha crecido muchísimo en el último año, una hazaña que creía imposible para un veinteañero que ya era altísimo. Ha estado viviendo en el sótano de un RadioShack, a unos tres kilómetros. El edificio que había encima de su habitación sin luz natural había colapsado casi por completo. Su piel era de un gris oscuro, prácticamente carecía de color por la falta de luz del sol, pero él juraba y perjuraba que aquello era mejor que intentar mudarse a una de las casas que aún permanecían en pie y que salpicaban los suburbios. Los hogares son sinónimos de personas. Las personas significan muerte, putrefacción y recuerdos que nos esforzamos mucho por mantener a raya.

Cuando se marchó, se llevó mi preciado ejemplar de *Los hombres que no amaban a las mujeres*. Tenía las esquinas dobladas por la cantidad de veces que lo había leído y mis partes favoritas estaban subrayadas. A cambio, dejó una bolsa de tasajo sin abrir y me dio la suficiente conversación como para mantenerme entretenida hasta que apareciera la siguiente persona. A mí me pareció que valía la pena. Juró y perjuró que lo devolvería, incluso me lo prometió cruzando su meñique con el mío, pero sé que es probable que nunca vuelva por aquí. Casi nunca pasa. Hoy en día, la gente tiende a aferrarse a lo que tiene.

La librería está en la planta baja de un edificio de dos pisos, con un apartamento encima que está conectado a la tienda por un pasillo estrecho y un tramo de escaleras. Al otro lado de ese pasillo estrecho hay otras escaleras que dan al sótano, pero es tétrico y propenso a las inundaciones, así que trato de evitarlo.

El pasillo es oscuro, tiene paredes blanquecinas ligeramente deterioradas por todas las veces que he clavado contra ellas cosas puntiagudas que dejan marcas. La escalera es igual de triste: tiene unos escalones pequeños y hundidos que crujen cada vez que subo por ellos.

No conocí al chico que vivía en el apartamento de encima de la librería antes de La Tormenta porque nunca lo vi. A veces, mientras cerrábamos la tienda, escuchaba las estruendosas canciones que sonaban a través de sus altavoces con unos graves odiosos e irritantes que hacían temblar el techo. Y por supuesto, también teníamos que hacernos cargo de sus paquetes no entregados de Amazon, pero nunca lo vi. Al menos, no en persona. Me gustaba imaginármelo cuando la tienda estaba tranquila, me figuraba que era joven y que estaba enamorado, que era alguien que tenía moto, que se rapaba parte de la cabeza y que decía cosas guais como «enigmático» e «intrascendente».

Cuando subí por primera vez al apartamento después de La Tormenta y llamé a la puerta, nadie respondió. Quien fuera que vivía allí se había marchado antes de que yo consiguiera saludarlo. No había ningún cuerpo, así que aún tenía esperanzas de que hubiera sobrevivido. Pero es una quimera. Sé que hay muchos sitios donde morir. No todos morimos en nuestra casa, rodeados de lo que amamos.

Ahora sé que se llamaba Greyson. Le gustaban mucho las películas de *Matrix* y tenía pósteres en la pared de todas ellas. Su novia tenía el pelo rosa brillante y una sonrisa impresionante. Al menos, doy por hecho que era su novia. Encontré una foto suya sobre el escritorio del chico, justo en el centro, justo donde él podía verla cada día. Decidí que aquello significaba que estaban enamorados.

No guardé sus fotos. No pensé que pudiera. Cuando salí de mi casa por última vez, antes de que *eso* pasara, solo me llevé una

foto conmigo. No me gusta la idea de pensar en alguien encontrando las fotos que *yo* no cogí, así que tampoco podía guardar las suyas. La foto que me llevé es de mi familia: mi hermana gemela, mis padres y yo. Tenía nueve años. En la foto, mis padres están sentados en unas sillas amarillas, cogidos de la mano. Mi hermana y yo estamos en sus regazos, mirando sus rostros radiantes desde abajo. Cuando se hizo la foto, aquella era la única forma en que la vida era posible. Feliz, mundana, normal.

Entonces pongo mi foto en el centro del escritorio, no sin antes colocarla en el marco, por encima de la novia de Greyson, justo donde puedo verla cada día. Cuando nos miro, felices y juntos, parece que todo estuviera bien. Parece que no lo hubiera estropeado todo. Puedo fingir que aún existimos, juntos, en ese momento. Para siempre. Cuando la miro, me olvido de la culpa que se acumula en los confines de mi cerebro. Por un momento, se desvanece.

El apartamento en sí es pequeño. Aunque la cocina es lo suficientemente grande para tener uno de esos frigoríficos enormes con dos puertas y un congelador integrado, es demasiado pequeña para que quepa una mesa de verdad. La habitación es un poco un desastre: el solitario escritorio está encajado en una esquina y hay una lámpara actualmente inservible que cuelga sobre él. Mi colchón está en la otra punta, tiene colchas arrugadas de un rojo intenso, hechas una bola y apartadas. Mi almohada tiene peor aspecto y es un poco más delgada de lo que me gustaría, pero es un hogar. Es lo que tengo y todo lo que necesito, aunque creo que no me disgustaría mucho que viniera alguien y me diera otra almohada a cambio de un libro.

Cojo un cuaderno de repuesto del escritorio, me salto frenéticamente algunos horribles garabatos y poemas a medio escribir y empiezo a redactar una lista. Una que tengo que completar para no morir triste y sola cuando llegue la próxima Tormenta. Si es que llega algún día.

Lista de cosas pendientes (de máxima importancia) :)

1. El tejado

El tejado es un desastre. Gran parte de él salió volando con la primera Tormenta y, por culpa de mi infinita pereza, solo he logrado arreglar la mitad clavando una lona a lo que quedaba de las paredes exteriores. Es como un *camping*, pero más cochambroso. Cada vez que hay un mínimo de aire, el improvisado techo ondea y suena como una *banshee* saturada de trabajo. Cuando el sol pega con fuerza, toda la habitación queda envuelta en un inquietante tono azul, como si se tratara de una película de ciencia ficción de bajo presupuesto. No aguantaría una tormenta normal, así que ni hablar de una con lluvia que podría quemarte la piel.

Abro de golpe el armario de la cocina. Las estanterías están peligrosamente vacías, pero no me paro a pensar en ello porque no hay absolutamente nada que pueda hacer para que aparezcan más latas. La tienda de comestibles más cercana fue saqueada hace mucho. Una mierda. Ahora mismo, mi padre me diría que tuviera «iniciativa». Entonces, yo entornaría los ojos, apretaría la mandíbula y le diría: «No tienes ni idea de lo que estás hablando». Miro una lata de alubias con tomate (asquerosas, sí, pero las tengo a mano) que probablemente van a ser mi cena. La misma que anoche. Y que la noche anterior.

Abro el grifo, en parte para comprobar la presión del agua, en parte para tener algo medio frío con lo que mojarme la cara y bajar la temperatura corporal, aunque solo sea un poco. Espero con los brazos abiertos mientras los segundos pasan poco a poco. Entonces me doy cuenta de que no cae absolutamente nada.

Me quedo mirando el grifo mientras empieza a emitir un siseo bajo y gutural que se va haciendo más y más fuerte hasta que todo el fregadero tiembla, se mueve y, de repente, un chorro

de suciedad sale expulsado por la boca y cae con un salpicón en la pila. Después, el grifo enmudece de nuevo. Un hilo de agua marrón se arremolina en el desagüe. Fin del agua potable. A diferencia de lo que pasa con las alubias, no puedo convencerme con palabras bonitas de beber un agua que, posiblemente, podría causarme alguna enfermedad horrible que solo proviene de grifos asquerosos de Nueva Jersey. No sería muy inteligente.

«Tengo suerte de que haya durado tanto», pienso mientras algo ácido se revuelve en mis entrañas. Sin embargo, he visto las suficientes películas de supervivencia como para no darme cuenta de lo que esto significa. El agua potable es vida, ¿no? Hay una razón por la que la gente tiene espejismos con el agua en el desierto y no con otras cosas más emocionantes, como un sándwich de albóndigas o un coche que los ponga a salvo. Sin agua, nada del resto importa. Sin agua, estoy jodida. Sí, es posible que haya ido almacenando suficientes botellas en la librería para un día o dos, pero no puedo depender de esa cantidad. Se me pega la lengua al paladar, la siento como si fuera serrín y arcilla. Lo añado en la lista.

2. Agua

Decido subrayarlo por si acaso. Salgo de mi habitación, paso a toda prisa por la puerta abierta y entro en la cocina. Miro el cristal roto de la ventana superior derecha. Y el que falta al completo justo debajo, en el hueco tapado con cinta aislante y la sobrecubierta de un ejemplar de *La lección de August*. No pienso cortarla.

3. Ventanas de la cocina

Bajo las escaleras hacia la librería de verdad, que sigue vacía de gente y repleta de polvo. Apilé varios cartones de leche viejos

contra el muro de la trasera de la tienda. Estaban colocados de forma estratégica para tapar cuidadosamente el destrozo que Eva y yo hicimos cuando derribamos por accidente una estantería que estaba llena de libros de tapa dura. Al caer se hizo un agujero enorme en el enlucido y ahora veo el aislamiento térmico rosa con textura de algodón que se escurre por el muro.

4. Aislamiento térmico
5. ¿Mancha de agua en el techo?
6. Puerta que no cierra
7. Ventanas rotas *otra vez* (planta baja)

Cuando miro mi creciente lista, se me acelera el pulso, especialmente si tengo en cuenta que aún no he visto el edificio desde fuera. Eso añadiría, al menos, otros tres puntos. Me da un vuelco el estómago. No sé cómo arreglar el aislamiento térmico ni cambiar las ventanas ni reparar agujeros gigantes en el tejado. No pensé que tendría que hacerlo. Probablemente, mis habilidades terminan en las bisagras ruidosas. Siempre di por hecho que Eva estaría aquí para ayudar cuando las cosas se pusieran feas.

Cuando salgo, miro la mitad del tejado desaparecido, los canalones colapsados y los cristales rotos de las ventanas. Me percato de la forma en la que el pequeño roble se inclina hacia el edificio, como si una ráfaga de viento pudiera derribarlo. Lo añadiría a la lista, pero no sé qué podría hacer al respecto. Odio no saber qué hacer.

Cuando era joven, muy joven, planeaba hasta la más mínima cosa. Es decir, cuando estudiaba quinto, quería ir a Dartmouth y ser cirujana. Quería estudiar en Dartmouth porque el padre de mi mejor amigo había ido allí y me había contado que en invierno bebían cerveza, patinaban sobre hielo y saltaban barriles. Me pareció «divertido» y algo que «la gente guay haría». Quería ser cirujana porque había memorizado el nombre de cincuenta hue-

sos y creía que aquello era todo lo que debía saber. Habría ido por ahí dándole a la gente las peores recomendaciones médicas del mundo. Decidí no ser cirujana cuando me di cuenta de que tenía que ir a la facultad de Medicina cuatro años y luego hacer la residencia, lo que provocaría que me perdiera mis mejores años en los escenarios de Broadway. Lo quería todo.

El instituto me obligó a enfrentarme a la realidad. Mi orientadora escolar puso fin a las hojas de cálculo llenas de colores que dictaban todos los aspectos de mi futuro. Me habló de conceptos como «tasa de aceptación» y «solicitudes comunes». Después de aquello, todo se fue a la porra. Ya no era lo suficientemente buena para hacerlo todo a la vez.

Los adultos bienintencionados preguntaban: «¿Y ahora a qué universidad quieres ir» o «¿Qué carrera quieres estudiar?». Y yo solo sonreía y decía: «Tengo varias opciones» o «Estoy entre Inglés, Música y Bioquímica». Ellos asentían y respondían: «Qué bien» y yo me moría por dentro un poco. Odiaba no saber qué quería y, a la vez, saber que tendría que decidirlo más pronto que tarde. Tenía un futuro, pero no lo quería. Ahora he perdido el futuro que nunca tuve. Joni Mitchell tendría una oportunidad de oro con mis dramas.

Me vuelvo hacia el árbol inclinado y me quedo mirando sus ramas muertas. No hay ni una sola hoja colgando de ellas. Lleva muerto y marchito mucho tiempo, y yo ni siquiera me había dado cuenta. Supongo que es fácil no percatarse de ello cuando las calles están repletas de trocitos de edificios y las tiendas a las que solías ir los viernes después del colegio han quedado reducidas a ruinas. El mundo se ha desmoronado a mi alrededor y yo todavía sigo intentando unir las piezas que quedan.

CAPÍTULO CUATRO

14 DE ENERO: ANTES DE LA PRIMERA TORMENTA

Los adornos de Navidad siguen puestos, aunque estemos a mitad de enero. El colegio está en su máximo esplendor. Ya no hay períodos de pseudoclases previos a las vacaciones que se desperdician con horas de estudio o documentales que apenas son pertinentes.

Mi madre odia quitar los adornos de Navidad. Le he dicho que no tiene por qué pasar tanto tiempo poniéndolos, mirándolos y añadiendo cardenales rojos y cascabeles a las cuerdas. Las plantas falsas del supermercado Acme que hay en la parte alta de la ciudad cumplen la misma función, y yo no tengo que pasar la aspiradora para recoger una cantidad de agujas de pino equivalente a un bosque cuando debería estar escribiendo mi trabajo de Lengua. Aun así, mi madre se resiste a cambiar sus costumbres. Tenemos que ir a Nueva York cada año para atar un árbol concreto a la baca del coche y comprar cuerdas en un cuchitril de floristería que está en la planta baja de un edificio que deberían haber demolido hace años. Mamá no aprecia mi comentario.

Cuando me dirijo a la mesa para la cena, no hago ninguna observación sobre los adornos de Navidad ni sobre las agujas de pino que se clavan en mis calcetines de lana. Papá me ha adver-

tido de que tengo la mala costumbre de arruinar las charlas de la cena antes siquiera de que empecemos a comer porque suelo ser la que saca a colación los temas más incómodos. A veces ni siquiera me doy cuenta de que lo hago, las palabras se escapan de mi boca como si recordarle la situación del mundo a mi familia fuera mi deber divino. Pero estoy intentando mantener mi racha de cenas no arruinadas. Ya llevo seis.

Mi hermana, Thea, está sentada en mi sitio, pero no digo nada. No voy a arruinar la cena.

El periódico está sobre la encimera de la cocina, el titular apenas se ve. Estoy segura de que dice algo sobre la nieve, el deshielo de los casquetes polares y a saber qué más. Pero no hago ningún comentario porque no quiero arruinar la cena.

De hecho, estoy tan centrada en no arruinar la cena que no hago nada más que mirar mis espárragos flácidos y mi pastel de carne. Jugueteo con los macarrones del plato con la punta del tenedor y espero a que alguien hable primero.

Mamá muerde el anzuelo y, con su fino dedo, se aparta el pelo rubio detrás de la oreja.

—Elizabeth —me reprende—. Me he esforzado mucho en preparar esta comida.

Tardo un segundo en entender que se refiere a los macarrones y no a que he bajado a cenar con un pantalón de chándal ligeramente manchado.

—No intentaba ofender, lo prometo.

—Ya sabes que tiene esa extraña manía de que las comidas diferentes se toquen —añade Thea, que tiene el pelo de un rubio idéntico recogido en una coleta.

Papá se aclara la garganta y levanta la vista del plato para sonreírme. He heredado mi mirada de él. Su mirada firme y su mandíbula cuadrada.

—Le gusta compartimentarlo, cariño. —Pausa—. ¿A que sí, Liz?

—Claro.

Papá se ríe entre dientes y apoya el tenedor a un lado del plato.

Mamá siempre ha prestado mucha atención a cómo pone la mesa. Las servilletas a juego con el mantel. La cubertería siempre adornada con demasiadas decoraciones elaboradas de metal. Todo lo escoge en mercadillos de garaje, todo es *vintage*. Su filosofía es que te puedes olvidar de todas las mierdecillas que te suceden en el día si cenas en una mesa que parezca robada de un episodio de *Yo amo a Lucy*. Papá le anima y por eso nunca he vivido una noche en la que la familia Flannery no haya cenado a la luz de las velas. Aunque estuviéramos cenando comida para llevar.

—Cuando eras pequeña, nos decías que tenías diferentes compartimentos en el cuerpo para las distintas comidas —dice papá.

—Lo sé.

Y lo sé porque escucho esta historia más o menos una vez a la semana, cada vez que intento rechazar un segundo plato de espaguetis de mamá.

Thea mueve la cabeza y se gira para mirarme.

—¿Qué? ¿Se te ha llenado el compartimento de los macarrones? Pobrecita.

—Pobre de mí. Dios les da sus peores batallas a sus mejores guerreros.

—Sí, macarrones y trabajos universitarios —replica Thea.

Al escuchar esas tres palabras mágicas, mi madre espabila, sale de su trance inducido por los macarrones y vuelve a la realidad.

—¿Alguna novedad de la uni, chicas? —pregunta.

Sus pendientes se balancean a un lado y a otro conforme ella gira la cabeza para mirarnos a ambas. Hemos entrado en modo interrogatorio.

—Estamos en enero —respondo.

—¿Y qué hay de las admisiones tempranas? —pregunta papá según coge su tenedor de nuevo.

—Ya he tenido noticias de todas. Ninguna novedad —resopla Thea.

—Yo también —añado.

Pero mamá me ignora y se centra en mi hermana:

—¿En serio, Thea? —Se reclina en la silla y cruza los brazos—. ¿No hay nada que quieras decirnos?

Parece que mi madre no se da ni cuenta de lo mucho que sus preguntas irritan a mi hermana. Sin embargo, su reciente racha de rechazos ha provocado que Thea esté más que irritable, tanto si mi madre se ha enterado como si no.

—No —responde Thea con un suspiro—. De todos modos, no importa, ¿no?

No puedo evitar sonreír. Estoy segura de que solo está intentando provocar a mamá, pero valoro el esfuerzo. Estoy acostumbrada a ser el miembro cínico de la familia, así que muevo el pie por debajo de la mesa en dirección a Thea y le doy un toquecito. Un toque de amor, como diría papá. Ella capta el mensaje y se ruboriza un poco.

—No digas eso —comenta mi madre mientras se encorva hacia los macarrones y se pone colorada.

—Deja que hable, Ivy. En este hogar criamos pensadoras independientes.

—Si va a decir cosas como esa, ni hablar. —Mamá niega con la cabeza.

Por el rabillo del ojo, veo el periódico desechado. Thea también lo ve.

—¡Es que es verdad! —protesta Thea, y aparta el plato—. No puedes estar tan ciega.

—No lo estoy.

Y así empieza el duelo de miradas. De tal palo, tal astilla. Mi padre me mira como diciendo: «Por favor, haz algo. No

puedo ver cómo estalla la Tercera Guerra Mundial ahora mismo».

—En el *New York Times* han dicho que las cosas llegarán a un punto de no retorno el próximo enero —añado—. Nos da tiempo de sobra a empezar la universidad.

—Eso no ayuda, Liz —murmura papá con los ojos como puñales.

Aparentemente, mi aportación no era lo que buscaba.

—No se equivoca —replica Thea.

Sin embargo, mamá no se rinde.

—No existe el punto de no retorno. Siempre dicen lo mismo, pero nunca pasa. Ya decían eso incluso antes de que vosotras dos nacierais.

—*Aún* no ha pasado, querrás decir. —Thea ni se inmuta.

Papá da un suspiro largo y profundo. Veo cómo su pecho se eleva y desciende mientras nos mira a las tres. Sé lo que piensa. No tiene por qué decirlo. Sé que si mamá no estuviera aquí, diría: «Tenéis razón». Pero es un mediador de paz, así que traga y pone cara de valiente.

—Vuestra madre se ha esforzado mucho en preparar esta cena. No la arruinemos.

—Gracias, *David*.

No digo nada y observo cómo caen las agujas de pino de la cuerda que hay junto a la escalera.